





GRACIAS A LA VIDA



Daniela Eitner

# GRACIAS A LA VIDA



Primera edición: julio 2019

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Daniela Eitner

ISBN: 978-84-17784-94-2

ISBN digital: 978-84-17784-95-9

Depósito legal: M-24506-2019

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*A todos aquellos valientes que emigraron porque no les quedaba otra, con la esperanza de poder volver algún día.*





## PRÓLOGO

—Recuerdo que mi madre cantaba lo de *Gracias a la vida, que me ha dado tanto...* Ella estaba de espaldas a mí, en la cocina. La observaba a cierta distancia. Mi madre era delgada, tenía los ojos grises y el pelo rubio y largo, sujeto con un pasador en forma de mariposa. Yo siempre había querido ser como ella, pero ya ves, yo con mi pelo y ojos castaños. Me encontraba en el rellano y la miraba encandilada. Yo tendría seis años, era una niña y la oía cantar con su voz cálida, casi susurrando esa canción una y otra vez, y esa estrofa se me quedó. ¿Sabes esos días que se te queda una canción en la cabeza y no hay manera de sacarla?

—Sí —contestó Laura enseguida—. Y aunque lo intentas, vuelve de nuevo a tu cabeza más tarde.

—Pues eso lo tengo yo con esa estrofa, pero se ha quedado ahí a lo largo de mi vida. En una ocasión le pregunté a mi madre que por qué la cantaba siempre y ella me dijo que había que recordar la suerte que teníamos, que había que estar agradecidos por todo.

Miré a Laura a los ojos y bebí del té que me había servido ella, mientras rodeaba con mis manos la taza para calentarlas. Llevábamos mucho tiempo sin vernos, pero Laura y yo teníamos una amistad especial, de esas que cuando te vuelves a ver parece que la conversación sigue donde la habías dejado hacía años.

Laura me observaba pensativa. Estábamos sentadas en la terraza de Laura que daba al jardín. Un lugar ideal para una conversación entre amigas. En la mesa las dos tazas grandes de té nos acompañaban. A veces surgía el silencio entre nosotras, pero no era un

silencio incómodo, era un silencio necesario. Habían pasado algunos años antes de que nos volviéramos a ver y las palabras necesitaban un sitio y un lugar.

Durante esas pausas, Laura veía en mi mirada algo distinto a lo que conocía. Mis ojos, según me dijo, parecían expresar mucho más lo que sentía. Ya no huía de la mirada de otros, era más confiada y tranquila. Ahora llevaba mi pelo castaño claro en una trenza a un lado, y algunas mechas se habían soltado por un lado, haciendo alegres ricitos. Tenía de repente una belleza distinta, serena y asequible. Aquella amiga nerviosa y agitada que recordaba Laura había desaparecido, y ella se alegraba de ver este cambio en mí.

Laura era más alta que yo y tenía una belleza exótica y un cuerpo muy bien proporcionado. De ojos verdes y pelo caoba solía llamar mucho la atención. Yo me sentía algo intimidada por mi amiga, y sin embargo ahora era ella la que percibía que yo irradiaba algo especial, un carisma que me daba un atractivo que no había visto nunca en mí hasta ese momento.

Laura salió de sus propios pensamientos cuando oyó de nuevo mi voz.

—Mi madre había sufrido la segunda guerra mundial, lo tiene que haber pasado muy mal, porque vivió dos años en un campo de concentración nazi, justo durante su adolescencia. Imagínate lo que habrá sufrido, las tristezas, el hambre y el miedo. Quizás por eso tenía la manía de comparar nuestra situación con la de la gente menos agraciada en África o con otros muchos más desfavorecidos en sitios lejanos que yo nunca había visto, y después de lo que ella me había contado, desde luego no pensaba ir a ver esos sitios, o al menos eso me decía yo.

—A veces incluso llegué a pensar que se inventaba nombres de países difíciles con tal de convencerme. Y yo entonces me preguntaba que por qué me tenía que comparar con gente tan distinta a mí y no con los vecinos, por ejemplo —miré al jardín y sonreí—. Y fue entonces cuando me di cuenta que incluso comparándome con los vecinos a nosotros nos iba estupendamente. Mi padre tenía su pro-

pia empresa y mi madre, aunque le ayudaba con su negocio, se podía permitir el lujo de cuidarnos a mi hermano y a mí. Ya en esa época había mujeres que no podían estar en casa, tenían que trabajar sí o sí.

—Sí, lo recuerdo. Mi madre nunca estaba en casa y cuando llegaba estaba agotada —comentó Laura sumida en sus pensamientos, seguramente con la imagen de su madre en su cabeza.

—Lo curioso es que la mía decía que había que estar agradecido por lo bueno y por lo malo. En esa época yo no la entendía. «Vale que estemos agradecidos por lo bueno —me decía yo—, hasta ahí llego, pero ¿por lo malo?». A mí hasta hace poco esa visión que mi madre defendía como si fuera imperativo para poder vivir, no me parecía nada lógico, pero ahora lo entiendo.

—¿Y eso a raíz de tu estancia en Alemania? ¿En serio? Es curioso que nunca hayamos hablado de nuestras madres. Parece que tu vida allí te ha hecho ver las cosas de otro modo.

—No solo, pero sí. Estas experiencias, precisamente al no ser todas de color de rosa, me han servido para entender lo que ella intentaba explicarme. Ahora todas las mañanas cuando me levanto doy las gracias a la vida por todo, por lo bueno y por lo malo, por todo lo que he aprendido. Todo eso me ha convertido en la persona que soy. Como una piedra a la que el mar zarandea de un lado a otro, al final sus formas rebeldes y particulares, la hacen única. Todos somos únicos gracias a nuestras experiencias.

—¿Y no sientes rencor Mabel? Tu madre también te hizo mucho daño, ¿no la culpas?

—No Laura, nadie tiene la culpa de lo que me pasó. En todo caso puedo responsabilizarme a mí misma, el único denominador común soy yo. Yo tomé las decisiones que tomé y no otra persona. Yo creé mi propia realidad.

—Pero no eras consciente de ello, no me parece justo —comentó Laura sin estar del todo convencida.

—Puede, pero no deja de ser cierto; llega un momento en que uno tiene que ser sincero consigo mismo, ser consciente también es una decisión. Y realmente no creo que hubiera culpables, excepto yo misma, quizás.



## CAPÍTULO UNO:

### LAS COSAS PASAN POR ALGO

«¡La culpa es tuya!». Recordaba como si fuera ayer la voz de mi hermano con tono afilado y lleno de reproche.

Yo observaba su cara desencajada, podía leer cierto desprecio en su gesto. Se cerró de mala gana la chaqueta que se había puesto encima.

No le contesté, me escondí en una esquina del asiento trasero de su coche y hui de sus miradas, de su voz, de sus palabras que como cuchillos me hacían brechas invisibles en la piel y del dolor que sentía, que sobre todo parecía hacerse sitio en mi corazón. No, era más profundo que eso, se hizo un hueco en mi alma. Un dolor en el pecho y en la garganta que en esos momentos pensé que duraría para siempre.

El coche por fin llegó, aparcó por fuera de nuestra casa. Salí empujando suavemente la puerta de mi lado, mientras mi hermano ya me estaba esperando en la entrada principal. No sé en qué momento mi hermano Alberto había salido del coche, no lo registré, en mi cabeza había solo un amasijo de estropajo, algo inerte y gris que ocupaba mis pensamientos, para nada estaba en el aquí y ahora. Yo solo observé que estaba ahí de pie, esperando impaciente. Sujeté con fuerza la chaqueta que llevaba puesta, como si eso fuera lo único que ahora pudiera darme algo de calor, de soporte, de apoyo.

—¡Entra! —me ordenó.

Mi hermano era bastante alto y de postura fuerte. Yo me encontraba en desventaja no solo porque era más pequeña que él (Alberto me llevaba dos cabezas), sino por la situación en la que me encontraba: parecía que estaba ante un juez que ya había dictaminado mi sentencia. En un intento de suavizar la situación me atreví a soltar unas palabras:

—Berto, yo... —mi voz apenas tenía fuerza, no sé si me oyó siquiera.

Un hachazo salido de su boca cortó mi frase a la mitad.

—¡Tú..., tú no quieres aprender la lección! Mira que te lo tengo dicho, no salgas con esa gente, pero no, tu erre que erre, pues ya está, lo has conseguido, ¡estarás contenta!

—No, tú no lo entiendes, si dejas que te explique... —insistí sin estar muy convencida y temblando bajo la chaqueta.

—No, no me expliques nada, por supuesto no contaré nada de esto a mamá, pero que sepas que estoy muy decepcionado.

«Estoy muy decepcionado», estas palabras las seguí oyendo cuando ya llevaba un rato acostada en la cama una y otra vez haciendo una especie de eco interminable. Me sentía fatal, estúpida-mente culpable por lo que había pasado, pero sobre todo por la reacción de mi hermano, que era más de lo que podía soportar. Fueron sus gestos, sus palabras su mirada de desprecio lo que más daño me hacía. ¿Por qué no me dejó explicárselo? Ahora las imágenes de esa noche se repitieron en mi mente, quizás se repetían para que yo pudiera llegar a entender, quizás para que dejara de culparme a mí misma o simplemente estaba victimizándome y me flagelaba porque pensé que lo tenía merecido.

Aquella noche Berto, que es como lo llamábamos en nuestra familia, y yo habíamos salido con unos amigos a tomar algo. A mí me gustaba salir los fines de semana a bailar y arreglarme. Esa noche me puse mi vestido azul preferido, ajustado pero elegante, unas medias y unos zapatos con tacón cómodos porque sabía que bailando no iba a aguantar mucho. Berto salía conmigo yo creo que más bien para controlarme. Antes de salir me observó y aunque su mirada era crítica, no me dijo nada.

Berto se puso lo de siempre, simplemente se arregló algo el pelo y se echó perfume. No es que tuviera planes. Mi hermano no era muy sociable, se solía poner en una esquina y no se movía de allí hasta que se cansaba y se iba, y yo tenía que volver con él. Dependía un poco de su estado de ánimo. Yo, por mi parte, me pasaba todo el tiempo que podía bailando y hablando con gente que conocía y con los camareros.

Esa noche, cansada de ver la cara de mi hermano que me hacía ya gestos como de que se quería ir, me fui al baño y me encontré con un grupo de jóvenes, algunos eran compañeros del instituto de Berto, todos mayores que yo, apenas los conocía. Sin embargo yo estaba a gusto, me alegraba poder hablar con gente mayor y no tenía ganas de aburrirme con mi hermano. Hablamos animadamente y algunos de ellos decidieron seguir la fiesta en otro sitio. Cuando me dijeron que les acompañara, no me lo pensé un momento, aunque les dije que quería avisar a mi hermano para que no se preocupara, pero las reacciones no se hicieron esperar. Uno de ellos incluso me dijo:

—¡Venga ya! Solo vamos a una fiesta, no seas pesada, tu hermano es un *rollazo*, siempre está con sus historias de tío sabelotodo.

Lo cierto es que no tenía ganas de ir de niña pequeña por la vida. Pedirle permiso a mi hermano me pareció ridículo, al fin y al cabo yo ya tenía diecisiete años, me dije haciéndole un corte de mangas mental al aburrido de Berto, y animada por el grupo salí de allí sin que él se enterara. Me fui con ellos a una casa donde se celebraba una fiesta particular.

Nos metimos demasiada gente en un coche minúsculo y salimos casi rodando. No sé quién se puso el cinturón de seguridad, yo desde luego que no, pero en ese momento la inconsciencia era lo que imperaba.

El grupo con el que fui desapareció de mi vista en pocos segundos después de llegar a la fiesta, pero animada por la música bailé un rato y me acerqué a una mesa para tomar algo. Decidí pasar de tomar alcohol por si las moscas; se oían muchas historias

de pastillas en bebidas y no me fiaba. Después de unas horas y algo de sentimiento de culpabilidad pensé que era mejor que regresara, tampoco es que me lo estuviera pasando demasiado bien. En ese momento fui consciente de que ir a esa fiesta simplemente fue un ataque de rebeldía para demostrarle a mi hermano que me podía valer sola o algo parecido. Me imaginé que a estas alturas mi hermano ya ni estaría en la discoteca, me habría buscado y estaría bastante enfadado. Me dio por reírme al pensar en la cara que habría puesto.

Le pregunté a una chica con tatuajes en el cuello y ojos rojos y como si se saliera de una peli de miedo si había algún teléfono para llamar a un taxi. Esta me indicó que al fondo del pasillo, al lado del baño había una habitación con teléfono. Caminé por el pasillo y vi la puerta. Cuando estuve a punto de llegar, un joven alto y moreno surgió de la nada de uno de los cuartos contiguos y se me acercó. Lo reconocí enseguida porque era uno de los que estaban en la discoteca.

—Oye, ¿dónde te habías metido? No he podido hablar contigo ni un rato, soy Víctor —dijo mostrando una sonrisa de anuncio y unas pupilas extremadamente dilatadas.

Víctor era alto y bastante guapo, aunque para nada mi tipo porque irradiaba una arrogancia acorde a su altura. Todo en él era demasiado; su sonrisa, su forma de hablar como midiendo las palabras y hasta sus músculos eran exagerados. Su cuerpo se había moldeado a base de pesas y algo más. Le gustaba mostrarlo con camisetas pegadas y pantalones ceñidos. Se notaba en su modo de sonreír y en su mirada desafiante que estaba acostumbrado a ligar y a conseguir lo que quería. Yo tenía tan pocas ganas de entrar en su juego como de jugar al bingo en un asilo, así que le ignoré intentando pasar entre Víctor y el pasillo para ir a la habitación y llamar.

Víctor me sonrió de modo extraño y se interpuso en la entrada de la habitación. Lo aparté con un gesto de la mano y diciendo que quería pasar, en un intento de demostrar que tenía controlada la situación, pero mi corazón se aceleró.



—Pasa —me dijo Víctor casi susurrando.

En ese momento noté que mi instinto me avisaba de algo, pero antes de que pudiera volver sobre mis pasos Víctor se plantó delante de mí y me sujetó el brazo derecho hacia atrás, y sentí un pinchazo horrible mientras me empujaba a la habitación. Por un momento pensé en gritar pero rápidamente Víctor me tapó la boca con una mano que apestaba a sudor y alcohol, mientras él seguía empujándome cada vez más hacia dentro. Víctor cerró con su pierna la puerta y mientras me obligaba a caminar hacia atrás, toqué con mi pierna el pie de la cama y en ese momento perdí el equilibrio, mi cuerpo se desplomó sobre el colchón, el hierro frío de las patas de la cama fue lo último que noté. Hubo un forcejeo inútil que supe tenía perdido desde el principio.

Víctor cayó prácticamente sobre mí dejándome por un momento sin aire. Intenté hacer una imagen mental de lo que estaba pasando, pero en ese momento coger aire parecía lo único lógico. Eché la cabeza hacia un lado para poder respirar. Sentía que mis pulmones tenían que hacer un esfuerzo máximo, y notaba que me dolían las muñecas. Intenté mover algo, lo que fuera, pero mientras más me resistía más daño me hacía. Pensé en gritar, solo lo pensé, no lo hice, sobre todo por vergüenza. Víctor me miró enfurecido, como si acabara de leer mi mente:

—¡Si gritas te mato! —me dijo con voz baja pero en un tono agresivo, mientras que con una de sus manos levantaba mi vestido y rompía de un tirón mis bragas. Al tener una mano suelta hice un amago de pegarle, pero fue igual que pegar a una mesa; él no se movió. Al momento me volvió a sujetar. Noté un nudo doloroso en mi garganta, y lágrimas incontrolables empezaron a rodar por mis mejillas.

Víctor no se conmovió y mientras me violaba cerré los ojos e intenté imaginarme que estaba en otro sitio, lejos, y que lo que sentía y vivía en esos momentos no estaba pasando, pero el dolor físico que experimentaba me hizo volver a la realidad. Apreté los labios cuando Víctor intentó besarme y aparté la cara. Su aliento

a cigarrillo y alcohol terminó por revolverme el estómago, pensé que iba a vomitar.

Nada de eso pasó, la pesadilla continuó, yo seguía atrapada entre el colchón y el cuerpo de Víctor, mucho más fuerte que yo. Sentí su aliento en mi cuello y llegué a oír de fondo la música que procedía del salón y los pasos de la gente que iba por el pasillo al baño. Por un momento incluso me asustó la idea de que pudiera entrar alguien y que me vieran allí desnuda y vulnerable o se sintieran asqueados, cualquier cosa me hubiera avergonzado de igual modo.

Cada sonido cercano a la habitación me producía ansiedad, cada movimiento de Víctor hacía que mis músculos se contrajeran, intentando inconscientemente rebelarme. De nada sirvió: Víctor no tenía pensado rendirse e incluso parecía que mis intentos de defenderme le provocaban más. Cuando el dolor se hizo insoportable, mordí con los dientes mi labio inferior, para sentirlo en otro sitio, para aguantar. Mis ojos se quedaron hipnotizados mirando a un reloj que colgaba en la pared. Por un momento me dio la sensación de que las manecillas no se movían, y si lo hacían era a cámara lenta.

Después de ver los minutos pasar, lo que para mí fue una eternidad, Víctor se dejó caer sobre mí con todo su peso dando por terminada su tarea. Noté su sudor en mi pecho y sentí aún más asco. Temí que se quedara dormido así, pero por suerte rodó sobre la cama como un saco de patatas y me empujó de mala gana hacia un lado para él poder sentarse y vestirse. Mientras estaba sentado con la espalda hacia mí, yo me tapé como pude con una esquina de la sábana. Él oyó mi gesto y giró la cabeza. Su cara había cambiado, pasó de ser el arrogante ligón que me había mirado antes en el salón a poner cara de matón de feria.

—Recuerda, si cuentas algo de esto a alguien voy a por ti—. Noté la agresividad de sus palabras pero no me atreví a mirarle a los ojos. Él dio un puñetazo en la cama para llamar mi atención, me cogió para la barbilla y levantó mi cabeza obligándome a mirarle. Se acercó tanto que sentí otra vez el olor pringoso de alcohol y tabaco. Dejé de respirar por miedo y por no olerlo.

—¿Me has oído? ¡Contesta!

Yo solté un «sí» que no oyeron ni los espíritus, pero Víctor se conformó y me dejó tranquila. Cuando se dio la vuelta para seguir vistiéndose, me atreví a respirar.

Víctor se levantó por fin en dirección a la puerta y yo busqué con mi mirada mi braguita, que sabía tenía que estar rota. Mis ojos se pasearon por toda la habitación, no quería dejarla por temor a que la encontrara otra persona. Víctor me estaba observando y con el pomo de la puerta ya en la mano me dijo:

—¿Buscabas esto?

Vi cómo sujetaba en el aire mi braguita. Con un ademán despreciativo la tiró a los pies de la cama. Me agaché y la vi; mientras tanto Víctor abrió la puerta y en un segundo desapareció entre la gente que andaba por el pasillo. En ese momento corrí a la puerta, cerrándola con llave. Aún tenía mi ropa interior en mi mano y la apreté con fuerza, con rabia y totalmente avergonzada. Noté como mis ojos se volvían a llenar de lágrimas, apreté las mandíbulas, obligándome así a evitar que rodaran por mis mejillas.

No era el momento. Tenía que buscar mis zapatos y salir de allí cuanto antes. Al buscarlos vi cómo asomaba debajo de la cama mi pequeño bolso. Guardé la braguita en él mientras me temblaban las manos. No me sentía con fuerzas para salir, y me preocupaba que Víctor aún anduviera por el pasillo. Entonces vi un espejo que había en uno de los armarios y me miré. Mi imagen me asustó. El cabello lo tenía bastante revuelto, el maquillaje se me había corrido y trazaba unas sombras negras debajo de mis ojos: las lágrimas habían dejado unas líneas oscuras y finas que bajaban hasta mi cuello. Nunca me había sentido tan fea y sobre todo tan humillada. Intenté arreglar como pude mi pelo, y quité con un poco de saliva y un pañuelo de papel las marcas negras. Tenía el típico aspecto de las mujeres borrachas y estropeadas que apenas se tienen en pie; yo siempre había aborrecido a este tipo de mujeres, y ahora me sentía una de ellas.

Aun así sabía que no me quedaba otra, tenía que irme de allí. Salí de la habitación agachando la cabeza con la esperanza de no

encontrarme con nadie conocido y sobre todo de no volver a ver a Víctor.

Cuando salí al jardín de la casa, seguí con la cara agachada y me tropecé con un chico que protestó cuando se le derramó el cubata que estaba bebiendo.

—Perdón —dije a media voz.

Ya en la acera noté la brisa y respiré hondo, como si hubiese dejado de respirar hacía una hora. Mientras caminaba, noté que mis piernas cedían, caminaba como en un sueño. A veces veía a gente venir en mi dirección, podía verlos pero era como si estuviera observando un álbum de fotos. Sabía que todas aquellas personas eran ajenas a lo que yo sentía en esos momentos, no fueron testigos de mi violación, pero cada risa, cada mirada parecía destinada a mí, en mi paranoia estaba convencida de que todo el mundo sabía lo que me había pasado y que se reían a mi costa. Controlando mis ganas de llorar me alejé de aquellos sonidos adulterados por mi experiencia y caminé en dirección a las luces de la ciudad, que se me antojaba se alejaban en vez de acercarse.

Alejada por fin de las casas, las calles se sumieron en la oscuridad. Aquí y allá alguna farola formaba sombras alargadas, que me recordaron al cuadro de Munch, *El grito*. Ese cuadro nunca me había gustado y ahora menos. Apenas había caminado algunos kilómetros, sin embargo yo ya me sentía agotada, me obligaba a dar cada paso sin fuerzas. Aparté un mechón de mi cara y me di cuenta que estaba llegando a un cruce. El sitio me sonaba conocido, pero no podía crear ninguna imagen clara en mi cabeza, toda la información estaba alterada. Empecé a temblar, no porque hiciera frío sino porque poco a poco lo ocurrido empezó a hacerse cada vez más real; quería apartar las imágenes de mi cabeza, pero se repetían como un disco rayado. Crucé mis brazos sobre mi pecho agarrando al mismo tiempo mi pequeño bolso como si lo protegiera y busqué alguna referencia, alguna calle que me ayudara a ubicarme.

De pronto, a un lado, observé que un coche encendía las luces. Mi respiración se detuvo al instante, el miedo se apoderó de mí,

estaba sola, era peligroso andar a esas horas por esas calles y yo lo sabía. Estaba a punto de meterme en un callejón pero entonces me fijé bien: era el coche de mi hermano. Este salió a medias del coche y me hizo una señal con la mano para que viniera. Berto me observó de arriba abajo, como si fuera un bicho raro, algo que no había visto en la vida, pero lo que vio era a una joven asustada con ojos enrojecidos y temblando de frío. Notó que había pasado algo, pero no me hizo preguntas.

—¡Sube! —me ordenó.

El resto de sus palabras se amontonaron en mi cabeza. No fui capaz de decirle nada y subí en la parte trasera. Los ojos de mi hermano me observaban por el espejo retrovisor. De nuevo ahora solo me resonaba lo último que me dijo mi hermano. «Estoy muy decepcionado». Eso es lo que veía en sus ojos y eso es lo que, a partir de ese momento, vi siempre en su mirada. En ocasiones me pregunté si él realmente fue consciente de lo que me había pasado, o simplemente no superaba el enfado porque me había ido sin avisarle. Nunca se lo pregunté, total ya el daño estaba hecho, en todos los sentidos.

Berto me llevó a casa, abrió la puerta y no me dijo nada más esa noche. Yo subí también callada, quizás al día siguiente quisiera oír mi versión, pero también temí que si le diera explicaciones Berto quisiera vengarse de Víctor o peor; no se lo creyera.

En mi cama, aún despierta, intenté darle un sentido a todo aquello. Cerré los ojos y dije en voz alta:

—¿Qué he hecho? ¡Soy una estúpida! —me sentía peor que nunca.

Ahora sé que no fue mi culpa y que tenía que haberle denunciado o por lo menos haberle contado a alguna persona de confianza lo ocurrido, no era necesario pasar por ese calvario sola. Años más tarde me enteré que Víctor sufrió un accidente y murió siendo aún muy joven. Yo nunca le he deseado nada malo a él, pero lo cierto es que desapareció de mi vida del mismo modo que había entrado en ella, sin avisar.



## CAPÍTULO DOS: QUERIDA MAMÁ

Al día siguiente por la mañana bajé a desayunar con mi madre Aurora como solía hacer, muy temprano. Ella siempre se levantaba sobre las siete, y aunque nunca me decía nada sobre ello, daba la sensación de existía una ley no escrita en la que yo debía, entre otras cosas, cumplir mi deber como buena hija y desayunar con ella todas las mañanas, aunque hubiera salido la noche anterior.

A las siete como un reloj, me acerqué a ella y le di un beso en la mejilla. El café ya estaba hecho y las tostadas preparadas. Mi madre decidía por mí lo que iba a desayunar, hoy tocaba mermelada de naranja y como era bastante estricta, yo no se lo discutía. Berto seguía durmiendo, esa ley al parecer no valía para él, a saber por qué.

Mientras desayunábamos notó que estaba muy callada. Había un silencio tan llamativo, que hasta oía las moscas volar y posarse en la mesa. Este silencio sepulcral no era lo usual, yo siempre intentaba tener una conversación amena con ella, aunque fuera para romper el hielo.

—¿Qué te pasa Mabel? ¿Has dormido mal? —me preguntó harta del silencio.

—Sí mamá, no sé me dolía la cabeza y no pude dormir.

—Será por el alcohol —repuso ella.

En ningún momento llegué a imaginar que eso era lo primero que me iba a contestar mi madre, yo estaba hastiada, y opté por

cerrar los ojos. Me tragué un suspiro. Por fin me atreví a decir algo.

—No mamá, ya sabes que yo no suelo beber alcohol, alguna copita en fin de año, pero nada más. Simplemente me dolía la cabeza, a lo mejor por la música, que estaba muy fuerte.

—Ajá —fue la respuesta de mi madre.

Me levanté para servirme otro café y al hacerlo percibí un dolor intenso en los muslos. Los moratones creados esa noche por Víctor estaban de un color verde oscuro, y se estaban haciendo notar. Intenté por todos los medios no gesticular para que no viera que sentía dolor. Sin embargo mi madre miró con cara de sospecha, pero hasta la mosca que estaba ahora posada en su plato fue más empática que ella, y mi madre se tragó junto con la tostada lo que fuera que estuviera rondando por su cabeza.

De todos modos yo sabía que ella no me creía nada, aunque le hubiese contado la verdad. Yo, sintiéndome magullada en varias dimensiones de mi ser, no tenía ganas de discutir con ella. Dejé que el silencio volviera a envolver el espacio de la cocina. Mi hartazgo, que ya había sido obvio desde hace un tiempo, ahora había adquirido las magnitudes de un rascacielos. Me sentía prisionera en mi propia casa, y ahora, tras la violación, las ganas de salir de esa jaula se convirtieron en una necesidad. Pero los años pasaron y yo seguí en mi jaula imaginaria. La relación con mi madre era igual de helada que siempre, y mi miedo a lo que me esperaba allí fuera era mayor que mis ganas de volar.

Poco después de haber cumplido diecinueve años mi angustia estaba acabando con mi juventud. Tenía ojeras y caminaba como un fantasma por la casa. Mi hermano se había distanciado completamente de mí después de que yo le hubiera decepcionado, y mi madre me apretaba cada vez más las tuercas sin que yo entendiera del todo por qué. Las discusiones eran ya parte de nuestro diálogo, ella se quejaba de todo, de lo que hacía y de lo que no. Yo empecé a sentir que me había cogido manía. Intenté por todos los medios encontrar trabajo como último remedio, para al menos evitar que nos viéramos durante el día, pero yo carecía de experiencia y con tan solo selec-



tividad y mis complejos más palpables que nunca, mis opciones se reducían al tamaño de un guisante, que ya me parecía mucho.

Por suerte disponía de algunos ahorros, un dinero que me había dado mi padre al cumplir los dieciocho, por si acaso quería estudiar. Lo que él no se podía imaginar es que yo hacía tiempo que había perdido la ilusión de aprender nada, porque no creía en mí, y cada día que pasaba con mi madre en casa, consiguió que mi falta de autoestima fuera creciendo en mi interior como un ejército de gérmenes, reproduciéndose sin cesar, porque nadie hacía nada para evitarlo, ni siquiera yo.

A lo largo de los años, las creencias limitantes fomentadas por mi educación se habían acomodado en mí, y no tenían intención de abandonar un lugar tan acogedor. Aun así, aunque hubiera sido más fácil para mí no dar el paso y quedarme en casa de mi madre aguantando hasta que me destrozara del todo, algo en mi interior se rebeló y por fin tomé una decisión que cambiaría mi vida por completo.

En esa época conocí a una mujer, tendría unos cuarenta años calculaba yo, la edad de mi madre, se llamaba Amal y era una médica que venía de la India. La madre de mi amiga Laura la había invitado a su casa y casualmente yo estaba allí. Laura me la presentó y cuando me dio la mano me miró a los ojos. Yo evitaba mirar a la gente a los ojos, me hacía sentir incómoda. Amal no dijo nada, simplemente me apartó un mechón que tenía en la cara y nos invitó a Laura y a mí a sentarnos en el salón con ella y la madre de Laura. Yo en ese momento no tenía muchas ganas, quería estar a solas con Laura pero para no hacerle un feo nos quedamos.

La visita de Amal y sus palabras me ayudaron a tomar la decisión de irme. No sé qué dijo exactamente, y quizás no fuera si quiera lo que dijo sino cómo lo dijo. Esa mujer era tan distinta a mi madre, irradiaba seguridad y confianza en sí misma. Hablaba en tono pausado y tan solo su presencia me daba tranquilidad. Su voz, sus gestos, todo emanaba paz y era justo lo que yo necesitaba. Fue en ese momento cuando supe lo que buscaba, solo quería estar

tranquila y en paz, no quería exponerme más a cosas negativas y tenía que evitarlas a toda costa.

Y realmente todo ello, por lo menos en ese momento, se redujo a mi madre. Se había vuelto una mujer muy negativa, se empeñaba en ver el vaso medio vacío y ya no se fiaba de nadie. Ni siquiera de mí. Llegué a pensar que si seguía viviendo con ella, me terminaría pegando su forma de ser, su falta de ilusión. Mi madre, en mi opinión, era una mujer amargada que me estaba arrastrando a mí en su proceso de autodestrucción. Creo que ese fue el momento en el que elegí encontrarme a mí misma.

Aún pasaron algunas semanas antes de que por fin me fuera. La decisión ya estaba tomada, pero ahora venía lo más difícil. Durante los siguientes días estuve buscando la manera de decírselo. El miedo podía conmigo, busqué palabras, frases adecuadas para que no se enfadara, practiqué delante del espejo, hasta que tuve claro cómo le iba a soltar la bomba. Mi madre se olía algo, estaba distante, más de lo normal.

Por fin me armé de valor y esa misma mañana cuando la vi en el salón, me senté en un sillón en frente de ella y le conté que me iba de casa. Al principio no me dijo nada, se quedó sentada como una estatua de mármol. Por un momento pensé que no me había oído. Temí que le diera por ponerse histérica o de amenazarme con algo, pero nada de eso pasó. Siguió allí quieta, pensé que igual se había muerto de un ataque, incluso tengo que admitir que sentí que mi corazón dio un saltito de alegría, pero no, vi como cerró los ojos lentamente en plan drama y me dejó esperando allí como si estuviera en la cola del metro. Me armé de paciencia y aproveché para observarla detenidamente, en mi mente ya no estaba la madre que recordaba de niña y vi en lo que se había convertido.

De por sí, ella era una mujer guapa y lo seguía siendo, pero ahora era distinto. Se había vuelto fría, aún conservaba su figura delgada y aunque ahora llevaba su pelo recogido del todo, no lo lucía. Su piel estaba tan pálida que cualquiera pensaría que había visto alguna vez el sol. Me dieron escalofríos verla así, casi como

si realmente su alma hubiera abandonado su cuerpo. Tras muchos minutos de espera, abrió poco a poco los ojos y por un momento me dio la impresión de que sus pupilas tenían un brillo metálico. Me miró pero no soltó una palabra, parecía un robot. Se levantó y me dijo:

—Haz lo que quieras —y seguidamente, como una sombra, se levantó sin apenas hacer ruido.

No hubo enfado ni tristeza en su voz. Lo que sí percibí fue que el poco afecto que aún había entre nosotras se había esfumado en ese mismo instante. Ella no esperó a que yo reaccionara, se había ido por la escalera en dirección a su cuarto con movimientos controlados, como si lo hiciera a conciencia, para aumentar aún más mi incertidumbre y el dramatismo; eso se le daba muy bien. No la volví a ver hasta la cena.

Los días antes de que me fuera hablamos lo justo, casi en monosílabos. No me preguntó en ningún momento cuál era mi destino, ni si necesitaba algo, nada. Por no preguntar no me preguntó ni cuándo me iba. Un buen día simplemente me fui, eso sí, a medida que iba alejándome de mi casa y su presencia, noté claramente un alivio enorme y eso que llevaba conmigo una maleta bastante pesada y mi personalidad marcada por un alto porcentaje de victimismo, del que yo en ese momento no era consciente, pero que en el fondo me pesaba muchísimo más que la dichosa maleta.

